



ALVINO

F r a g m e n t o s

INEDITOS
d e

Alfonso Costrafreda,
Fernando Quiñones,
Carlos Sahagún,
Francisco Brines,
Juan Marsé,
Carlos Barral
y José Manuel
Caballero Bonald.

Ilustraciones de
Valentin Albardiaz
y
Alfonso Sánchez Rubio

Separata del n.º 13 (extraordinario sobre la Generación del 50) de
OLVIDOS DE GRANADA

ALFONSO COSTAFREDA

Ardiente y viva, la lengua catalana,
como roca indestructible,
es más real aún que el pueblo que la hiciera,
que la posee y la defiende, y sabe
que sobrevivirá contra el fuego
de un holocausto inexplicable
de odio y locura de demolición.
Intacta está, atravesó indemne la viciosa
marisma de las decadencias.

No la combatan, no, que no podrían,
pues es secreta su raíz
y es inmortal y vive.

FERNANDO QUIÑONES

La qasida del Almorávide

No contento con su victoria
en Sagrajas, con ganar antes
Tánger y Ceuta para Dios,
con haberse comprado esas trillizas sevillanas
que el rey de Badajoz quería,
Yusuf Ben Motarriq
pide limosna ahora a las puertas de la cultura,
nos impone escuchar semejantes torpezas.

Granada, 8. 12. 85

Flujos

Aquí,
donde sólo hay presencia de lo desconocido,
donde, varado el barco, una luz sucia
disuelve la ciudad hacia la anchura trémula
de las aguas, aquí,
donde yo mismo soy litoral en otoño,
rasgando el aire, modelando puentes
invisibles, acude desde muelles lejanos
un fragor de gaviotas que desguaza,
como un motor sin rumbo, la tarde declinante.

Una bruma dispersa diluye los colores
y en el irrevocable crecer de la marea
todo es gris insumiso, soledad transitoria
cuyo confin es una línea vaga,
un arco indescifrable.
El destino depara sólo signos inciertos
de lo que fuimos, lento rumor de olas y arena,
mientras llegan las sombras
y un olor a petróleo se difunde
por el espacio errante del día que se acaba.

CARLOS SAHAGÚN

Víspera

Un solo de violín anuncia en el crepúsculo
la estación de las lluvias
y no hay memoria que recoja
la claridad de este último relámpago:
directamente en el olvido
caen las palabras, se diluye en brumas
la evidencia del agua en tus cabellos
y ya el espacio es una red de sombras.

Mañana no sabré dónde estoy.

Varado en el umbral de un mar sin nombre,
prisionero de qué ventana,
no veré ya las naves fascinantes
que zarparon contigo.
Fuera del tiempo, en el confín sonoro,
tras el vacío del embarcadero,
oiré el desorden de la noche hundiéndose
más allá, entre los mástiles lejanos.

Orilla

Hasta la orilla hemos llegado,
hasta donde el caballo se para
por miedo tal vez. Esa puerta,
enmarcada en el aire puro,
¿da a los establos o a la muerte?

Nadie llama desde el silencio,
mas decidimos trasponerla
con fatiga. Y al otro lado,
desvalidos, jinete y corcel
acabamos reconociéndonos
en la opacidad de la noche,
ya sin memoria y sin mañana.

Al fin todo el sosiego apetecido, la quietud funeral
que se deslíe,
y el aire congelado como un vidrio.

Y después del descanso merecido, tras una eternidad,
pretendes el regreso,
una muda inquietud reviven las cenizas,
y ante la augusta puerta de la Muerte, desde el lado aplacado,
golpeadas con las manos frenético de ser
(la acción es un Vacío)
para así recobrar lo que te justifica como Muerto,
pues tu desnudo es Pérdida.
Llega casi un olor, sordo el tacto de un aire (todo es mental
y flojo),
no puedes concretar qué cosas fueron,
y adviertes que el Olvido tiene una metafísica precisa:
ese sabor que es nada, y quieres recobrar desventurado,
sin conseguirlo nunca.

JUAN MARSE

Historia de detectives

FRAGMENTO

Con pequeños malentendidos con la realidad construimos las creencias y las esperanzas, y vivimos de las cortezas a las que llamamos panes, como los niños pobres que juegan a ser felices.

Fernando Pessoa
(Libro del Desasosiego)

I

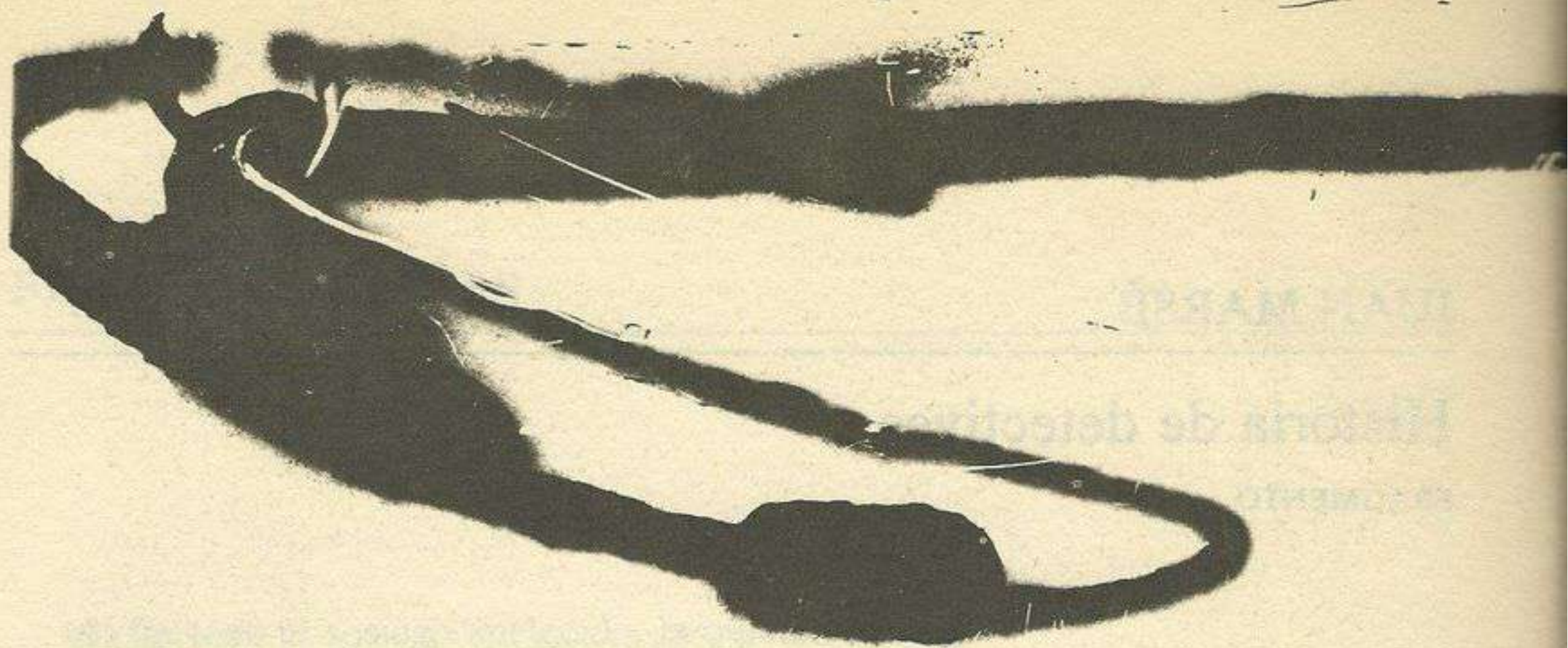
En los días luminosos, desde la zona alta de la ciudad, desde esta calle que alegre se encabrita en la colina como si quisiera mirarse en el Mediterráneo, la vista alcanza muy lejos mar adentro pero el corazón se engaña: el barrio es una atalaya sobre un sueño que no acaba de discurrir. Más allá del puerto y su rompeolas, mucho más allá de la espuma festiva de los balandros que recorren el litoral, en los viejos buques de carga que parecen anclados en el horizonte, en el herrumbroso castillo de proa de los grandes petroleros que a lo lejos navegan hacia el Sur, hemos visto centellear los aros de plata en las orejas de los marineros acodados a la borda, y la sirena tatuada en sus pechos de bronce, y el corazón y la flecha con un nombre de mujer. Si te fijas mucho, claro, si estás por lo que miras y no te dejas deslumbrar por el sol.

Pero en los días grises, la mirada se enreda en el zarzal de neblinas y humos rasantes que atufan el laberinto de Horta y La Salud, y no consigue ir más allá. La ciudad se aplasta remota y gris, como una charca enfangada, una agua muerta.

Fue un día malo de estos, lloviznando y con ráfagas de viento helado, cuando nos juntamos en el automóvil para un trabajito especial. Por la ventanilla vimos una gaviota que planeaba extraviada en medio de la ventisca. A ratos el viento arreciaba y entonces la lluvia parecía suspendida en el aire, silenciosa y oblicua. Después, la gaviota se dejó caer en picado sobre nosotros, rozó con su ala cenicienta el parabrisas astillado del Lincoln y antes de remontar el vuelo nos miró de soslayo con su ojo de plomo.

—Un día de mil demonios —dijo Marés sentado al volante, y convidó a fumar— Abrid bien los ojos.

Habló con su voz de ventrílocuo, sin mover los labios. Y como en sueños, a través del humo más azul y más transparente que jamás haya soltado un apestoso cigarrillo elaborado en años apestosos, vimos cruzar el descampado, viniendo hacia nosotros,



a una mujer con boina gris y gabardina clara, muy pálida y muy guapa y llorosa. Era un sábado por la tarde de un mes de abril que parecía noviembre.

Juanito Marés escrutó a David y a Jaime, en los asientos de atrás, y después a mí. Al clavarme el codo en las costillas, comprendí que me había elegido:

—Bonitas piernas —dijo mirando a la mujer.

—Sí, jefe.

—¿Te gustan?

—Ya lo creo, jefe.

—Pues no las pierdas de vista.

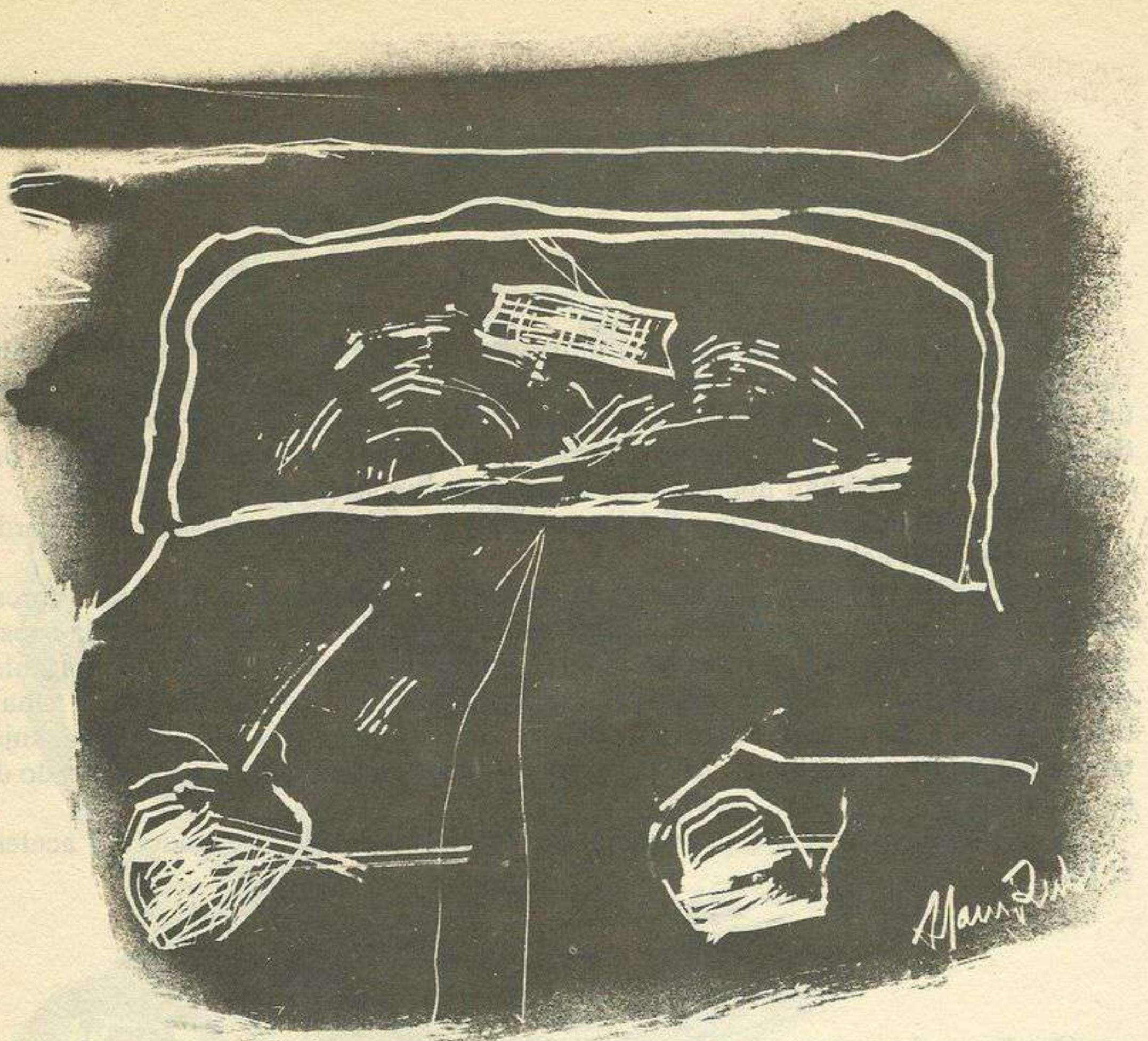
Entornó los ojos de gato y puso cara de viejo astuto Barry Fitzgerald ordenando al poli sabueso seguir a la chica en *La Ciudad Desnuda*, añadiendo con la voz ronca:

—Andando, es toda tuya.

Ella pasó por nuestro lado dejando en el aire un acre perfume a cebollas y lágrimas, tal vez a vinagre. Bajo los faldones de la gabardina, muy ceñida en la cintura, la plenitud de las corvas sugería unos muslos que por fuerza tenían que rozarse al andar. Sin embargo, era una mujer delgada, de pechos pequeños y fina de caderas. No la conocíamos de nada, nunca la habíamos visto, pero el jefe sabía algunas cosas: que era nueva en el barrio, que vivía en la pensión Ynes con un niño pequeño y que su marido la había abandonado. Se hacía llamar señora Yordi, pero al parecer su verdadero nombre no era ese.

—Es todo lo que sabemos —concluyó Marés dándome otra vez con el codo— En marcha.

Tiré el cigarrillo, me calé el sombrero hasta la nariz y bajé del automóvil sin po-



der apartar los ojos de aquellas piernas largas enlutadas por las medias y la lluvia, cruzando un mar de fango negro.

Una trepidante aventura iba a comenzar, y algo me decía que esta vez acabaría mal. Me quedé parado unos segundos bajo la lluvia fina, junto al morro del Lincoln. Ante mí se abría el Campo de la Calva, una explanada negruzca y encharcada al final de la calle, sobre la falda de la colina festoneada de ginesta. Un barrio tan alto, tan cerca de las nubes, que aquí la lluvia todavía está parada antes de caer, solía decir Marés. Esta plataforma sobre la colina había sido proyectada como plaza pero aún no era nada, un barrizal; a un lado había una hilera de casas bajas con la taberna de Fermín y la papelería-librería, y al otro lado nada, el declive del monte y los pinos y castaños con Vallcarca al fondo. Lo llamaban Campo de la Calva porque los morros de Regulares jugaron aquí un partido de fútbol con la cabeza cortada y rapada de una puta, y dicen que de tanto patearla y hacerla rodar, la cabeza se quedó lisa y pulida como una bola de billar, sin nariz ni ojos ni orejas, y que la mandíbula se soltó y que al final del partido la enterraron con la boca abierta. Tiempo después, nosotros excavamos el Campo y lo único que encontramos fue la calavera de un perro.

Estaba pensando en todo eso mientras veía alejarse a la señora Yordi.

—¿Qué demonios estás esperando?! —bramó el jefe asomándose a la ventanilla del Lincoln— ¡Vamos, síguela!

—Creo que esta mujer nos traerá problemas.

—No te pases de listo, Roca. Quiero un informe completo, así que espabila.

—Es muy difícil *marcar* a una mujer tan bonita sin llamar la atención, jefe.

—¡Pues, a ver cómo te las apañas! ¡Andando!

—Está bien, ya voy.

Pero seguía allí clavado sin poder moverme, como si la boca abierta de la furcia calva, debajo de la tierra, se hubiese cerrado como un cepo en mis tobillos. Soplaban un viento racheado y cabrón que arrastraba papeles y hojas de laurel por la Bajada de la Gloria. Hacia Los Penitentes, al otro lado de la colina de las Tres Cruces, del cielo gris se descolgaban nubes borrascosas como peñascos de piedra pómez.

Marés soltó una maldición y finalmente me puse en marcha tras la señora Yordi. La suerte estaba echada.

Cuando ella ya había dejado atrás la papelería de Susana y se disponía a torcer en la esquina, el viento cambió bruscamente de dirección y la embistió por la espalda, y entonces se dobló un poco hacia atrás y pareció que se reclinaba confortablemente en el mismo viento, dejándose llevar un trecho por él: los faldones de la gabardina pegados a las nalgas, la corta melena negra partida en dos sobre la nuca, sujetándose la boina con la mano. Me perturbó un zureo de palomas, el olor afrutado de su axila.

Al verla desaparecer en la esquina, me subí el cuello de la cazadora y aceleré el paso.

II

Dos horas después estaba de vuelta y Marés seguía sentado al volante. Abrió la puerta del coche con el pie y me senté a su lado. Por el retrovisor vi a David y a Jaime derrumbados en los asientos de atrás con el pelo mojado y los ojos de fiebre. Salieron después que yo, pero habían terminado antes. Ahora llovía un poco más.

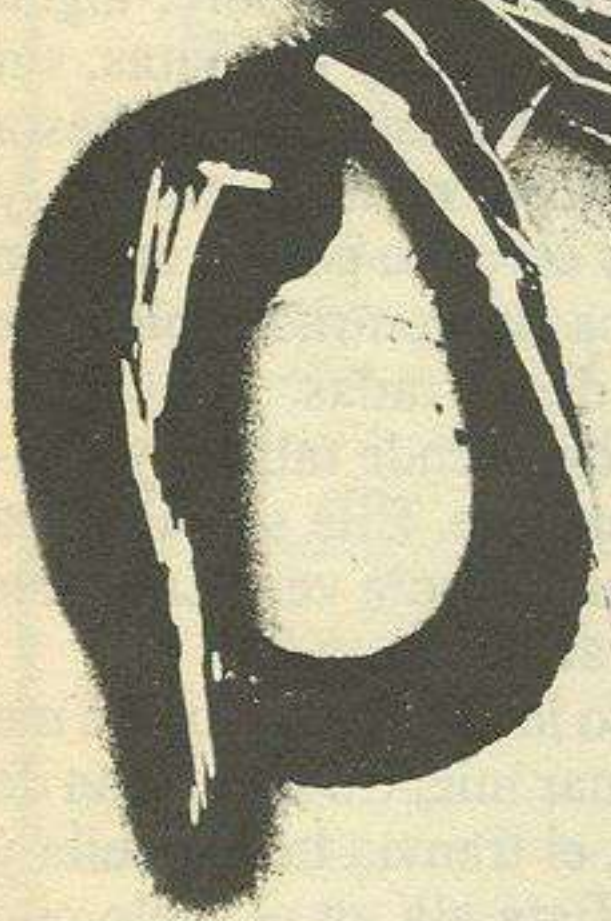
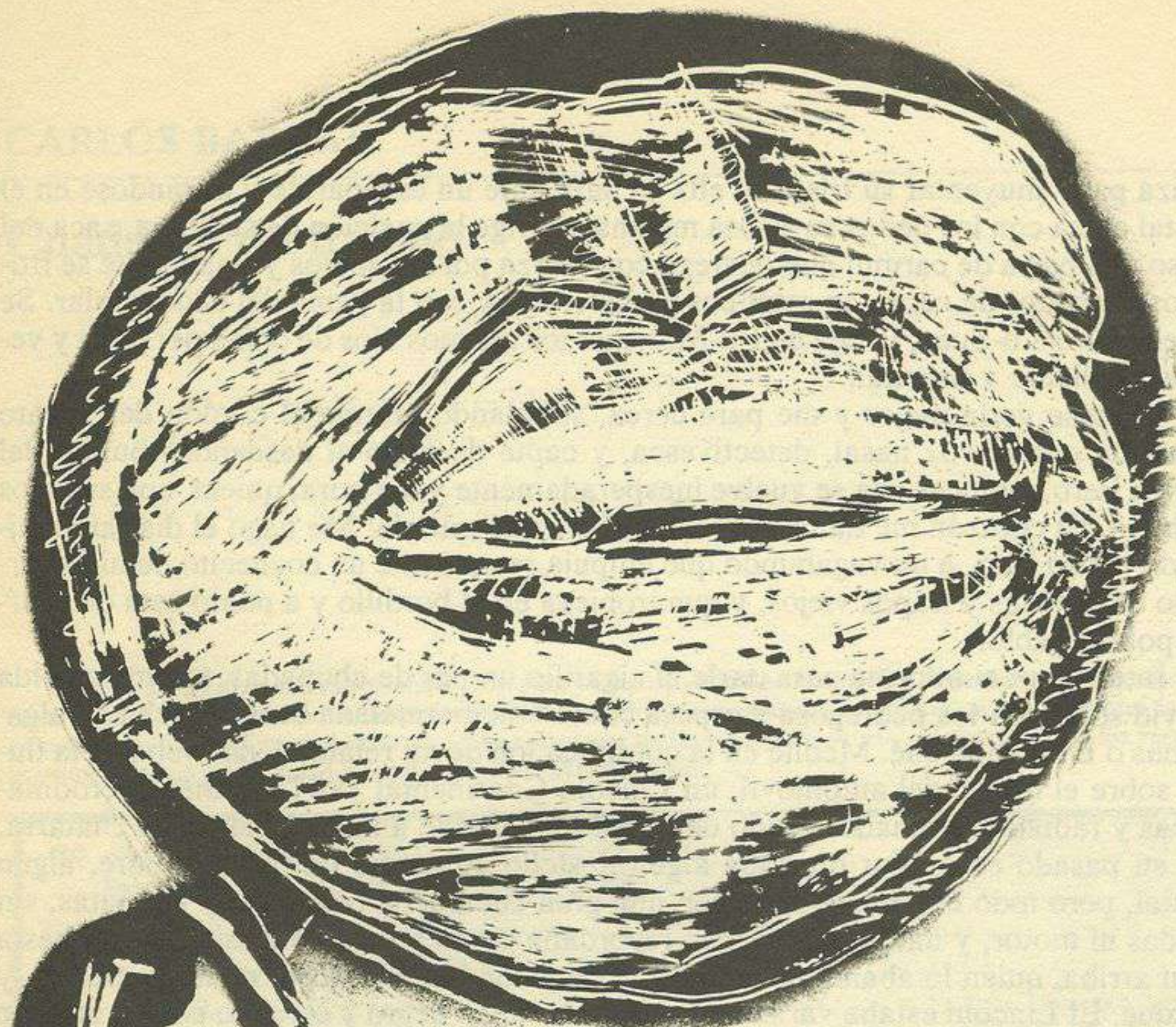
—Al volver he pasado por casa —dije a modo de disculpa. —Bien. La he seguido durante tres cuartos de hora. Cogió la Bajada y Nuestra Señora del Coll y luego siguió por Avenida Hospital Militar, siempre en dirección Lesseps. Ya no lloraba.

Encendí un cigarrillo y reflexioné, cerrando los ojos en medio de las espirales de humo para ver mejor, otra vez, el movimiento de sus caderas. La señora camina todo el rato con la barbilla enhiesta y los ojos bajos, sin prisas, sin sentir la lluvia. No la sentiríamos en la cara si no la encrespaba el viento, recuerdo que pensé, esto es un calabobos muy fino. No llora, pero dirías que la acosan amargos pensamientos. Va sin paraguas y la gabardina le queda corta, tres dedos por encima de la rodilla —y la falda del vestido aún debe ser más corta, pues ni siquiera asoma—, el bolso colgado al hombro, medias color ceniza y zapatos de tacón alto con dos tiras negras cruzándose enroscadas por encima del tobillo.

Tendrá unos treinta años y los pómulos altos y pulidos como de marfil. Cada vez que vuelve la cabeza, tras la tenue cortina de lluvia vislumbro unos ojos oscuros almendrados y el párpado dulce y parsimonioso, oriental. Durante algún trecho la sigo tan de cerca que puedo oler la lluvia en su pelo y oír el roce de las medias de seda en sus muslos.

—Cuando quiera detalles sobre su persona, ya te los pediré —dijo secamente Marés—Prosigue.

Pasamos frente al bar Las Cañas, cine Mahón, la charcutería de la plaza, la tintorería, la Delegación de Falange. A su paso, hombres tambaleantes y malafeitados la miran hurgándose los bolsillos del pantalón, mascullando roncas obscenidades.



Quizá para ahuyentar su tristeza, ella se para ante un escaparate y mirándose en el cristal atusa con los dedos su airosa melena, corrige la posición de su boina, saca del bolso una barra de carmín que restrega con fuerza por sus labios y finalmente se frota los párpados de cera, tan estáticos y misteriosos, con la yema del dedo anular. Se parece a Fu-Lo-Suee, la hija de Fu-Manchú: los mismos ojos de china perversa y venérea, caliente y oriental.

—Quise verla mejor y me paré cerca, simulando atarme el cordón del zapato —añadía con la voz nasal, detectivesca, y capté de reojo el desdeñoso bufido del jefe—. Pero entonces ella se vuelve inesperadamente y me mira, quieta, con sus ojos de hielo. El corazón me da un vuelco. ¡Hostia qué mirada! Me hago el distraído mirando a otro lado, a un vagabundo que empuja renqueante un cochecito de niño cargado de botellas y trapos viejos, y que tropieza en el bordillo y a punto está de caerse, pobre diablo.

Interrumpí el informe para darle al cigarillo un par de chupadas, y a mi espalda David soltó una tos pedregosa y espesa como una mermelada barata hecha de algarrobas o Dios sabe qué. Medité en la continuación de mi relato viendo rebotar la lluvia sobre el morro del automóvil, un Lincoln Continental 1941 de líneas aerodinámicas y radiador cromado venido de quién sabe donde a morir aquí como chatarra. De su pasado esplendor quedaba algún destello en medio de la herrumbre, algún cristal, pero todo él parecía más bien una gran cucaracha calcinada y sin patas, sin ruedas ni motor, y nadie en el barrio recordaba cómo y cuándo había llegado hasta aquí arriba, quién lo abandonó sobre esta pequeña loma al noroeste de la ciudad, y porqué. El Lincoln estaba varado en el mar de fango negro y cercado por un montón de cosas muertas: pedazos de estufas de hierro, una butaca desventrada, pilas de neumáticos, somiers oxidados y colchonetas mugrientas y desgarradas.

—Un poco más abajo, delante del cine Roxy, el manco que vende tabaco y cerillas debajo de un paraguas me la empieza a piropear guarramente. Ella se pasa a la otra acera, calle Salmerón abajo. Y no volvió la vista atrás ni una sola vez. Entonces ví algo que me puso los pelos de punta: un tranvía casi la atropella.

Les estaba contando solamente lo que había pasado, pero lo bueno era lo que me habría gustado a mí que pasara, las cosas que llegué a imaginar mientras la seguía de cerca embebido en el olor a musgo de su pelo. Por ejemplo, el tranvía la atropella y su cabeza golpea contra el empedrado y pierde el sentido. Está allí en el suelo con una bata de raso blanco y chinelas con borlas rosadas, se interrumpe la circulación, se forma un corro de gente a su alrededor y alguien pide un médico y una voz dice que se le haga el boca a boca, rápido, quién sabe hacer el boca a boca. La misma accidentada, en medio de su inconsciencia, me señala con el dedo suplicando que le haga el boca a boca.

—Vaya. Te tocó la china— dijo David.

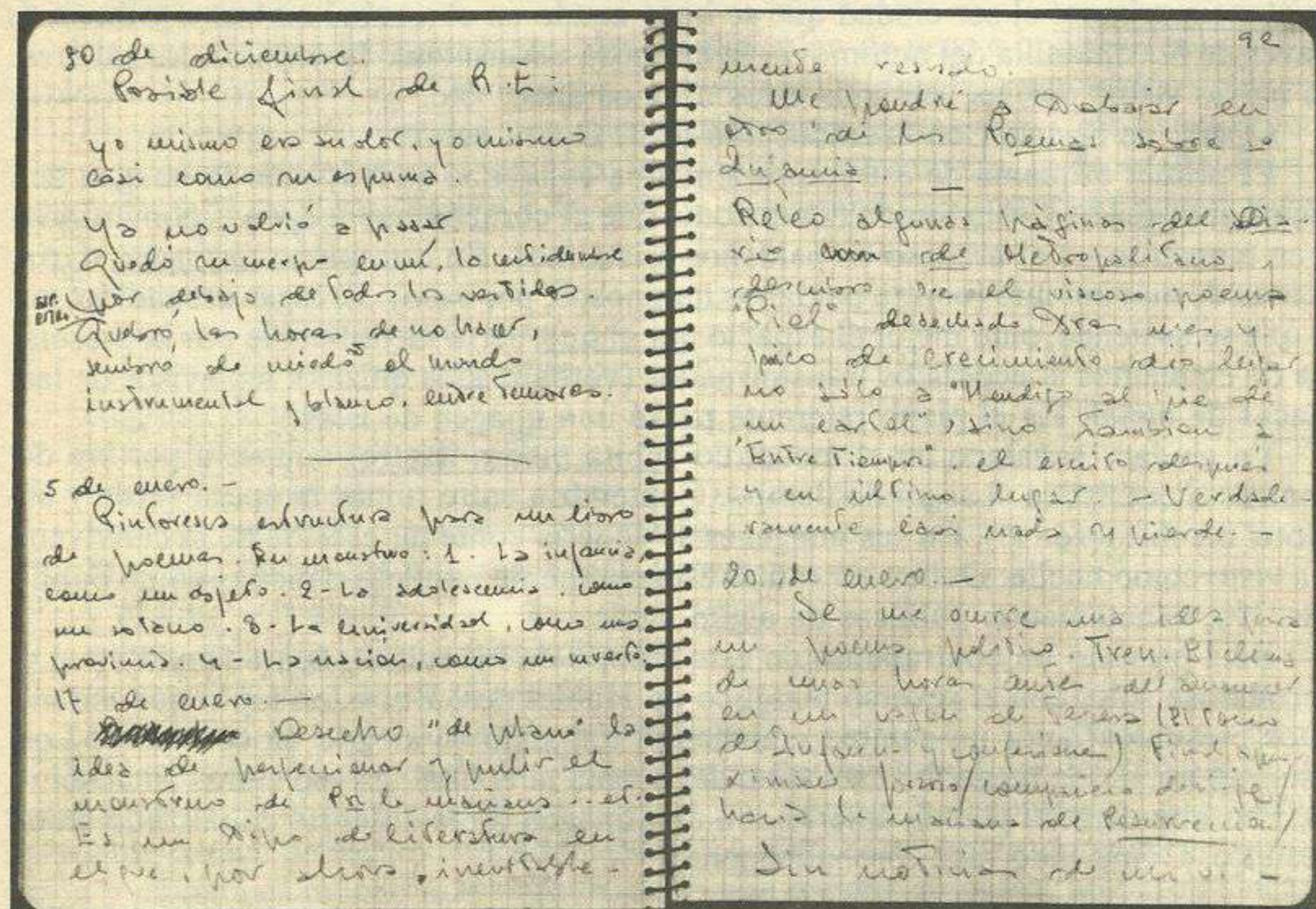
Así que me decido y le hago el boca a boca a la señora con el beneplácito de todos los presentes. Tiene unos labios fríos como gusanos de seda y este es el beso más extraño e inolvidable de mi vida, y el más largo. Hacia el final, ella abre un instante sus ojos de china maligna y caliente, y me mira fijo. En sus pupilas luminosas la lluvia se refleja combada, fruncida por el viento, como una miniatura.

La luz fugitiva de la tarde, ahora, aquí, planea como un pájaro de oro sobre el mar de fango■

CARLOS BARRAL

Cuaderno de trabajo

El once de enero de mil novecientos cincuenta y cinco Carlos Barral empieza a escribir, en un cuaderno de tapas marrones y papel cuadriculado, un diario de trabajo en el que anota los problemas que le plantea la creación de sus poemas. Transcribimos aquí las anotaciones de las primeras páginas, relativas todas a los versos de la primera mitad de «Ciudad mental», del libro *Metropolitano*.



1955

11 de enero.-

Se hace cada vez más sensible esta entrada en razón al penetrar en el mundo áu-
lico de la casa nueva. Sensación penosa de reconocimiento. La huella turbadora —
ese infiernillo mental— de los demás, me parece ahora progresivamente más vaga y
más duradera. Infiernillo es variante exacto. Caligine por fuera.

Metropolitano en busca de tema, ahogándose en el tema.

[Dos líneas tachadas]

Meditemos ya.

Me debo muchas decisiones aplazadas. De economía literaria, por ejemplo. Sé que debería suprimir todos los derivados (Por otra parte inoperantes porque contra naturaleza se cargan de la electricidad del problema que eluden —el artículo estéril, por ejemplo—) e imponerme una disciplina de exploración del segundo metropolitano. Esta confesión escrita de modo regular ¿sirve? Ayer lo veía mucho más claro. Pero me gustaría intentarlo durante unas cuantas semanas. Fijar es lo más difícil y este puede ser un procedimiento de fijar, si no más, la busca. Y aun en el caso de que corra la peor suerte, no le podré negar un interés documental en la experiencia concreta del poema.

Lo más conveniente será enumerar hoy las fuentes de materia aportada. La primera estructura a partir de la sola presencia de la palabra ópera en un texto de Spender, las notas de Gunther Anders en el número de noviembre de L[es]. T[emps]. M[odernes]., la conciencia todavía imprecisa de la cotidiana crisis de exclaustación (alrededor del hecho concreto de la emersión del metro), la curiosidad nueva por la existencia urbana: el ser-ciudad que se hace agudo en el arrabal en barro y lluvia a través de la ventanilla del automóvil, la hermosa desarmonía de ángulos, los talleres de barrio vistos por las ventanas estos últimos días... etc.

Ópera, de Spender en la traducción de J. Ópera verde.

El primer esquema de estructura temática comienza atribuyendo la imagen del pájaro inacabado y substituido (La paloma que el corazón había apenas comenzado —en monstruo—) al ascenso de peldaños cristalinos. En otro plano parpadeo daría la idea de movimiento (contra peldaños luminosos, por caso). El lugar ascendido, no al que se asciende, sino mejor el espacio por el que, sería identificable por la presencia de elementos anecdóticos transformados (verbalizados quizás): los avisos de las placas de metal. En el plano referente prevé una imagen de islas.

La ciudad (señalada en el monstruo súbita piedra ilustre) ocuparía por vía de análisis o casuística el segundo tiempo. Contendría entre ruinas la ópera verde y un Hotel meublé (pienso). En sus imágenes se debería contener el tema de la convivencia visto como huella. Deben ser ruinas esencialmente públicas o dichas como públicas. No, exactamente: públicas de algún modo.

Está previsto un contrapunto de este tiempo de las ruinas, apareciendo en él y cerrándose solo, con el reverso temático de Habitantes. Ellos ¿en tanto que individuos presuntos? ¿por un cambio emocional, tomando su alegría en contraste? Los amantes no, desde luego. Ni esta zona del poema ni el final las veo claras en absoluto. Pensaba dejar el poema abierto con una imagen directa del río canalizado en el desierto. Demasiado fácil, probablemente.

Las notas de este Anders hay que volver a leerlas. La materia abstracta parecía la de más posible elaboración. Esti to me on. Lo que den quedaría en un plano no previsto. A lo mejor es pura simetría temática.

Otra nota aún, de anécdota, al margen. Esta tarde iba a cruzar la acera en un lugar materialmente cuajado de palomas que devoraban algún secreto grano. Al irrumpir en su masa se levantaron todas a un tiempo. Quiero recordar el aire sonoro de sus

alas, como un metal libre y sin cuerpo.

Más que nunca pongo en duda la utilidad de todo esto.

14 de enero.

Cometemos un círculo que dura. [ilegible] Metras sobre el tema de la impopularidad de la poesía fue como una hora de suelta de las [ilegible] tonterías al tema de la localidad. Una fiesta trilingüe de los amigos de la poesía impopular en el Instituto francés de mi pueblo. (Resulta mucho menos obsceno que las gentes literatas hablen de rencillas profesionales que de los problemas del oficio!). Las voces no son urbanas. No hay voces en Metropolitano.

Hay errores de lengua en los Sonetos. Hay ligerezas. ¿Por qué estaría yo tan éticamente satisfecho?

16 de enero.

Ascenso. Sensaciones guías posibles: lo muscular, de peso e impulso (pendève), respiratoria, cinemática (por conciencia de movimiento: dimisión y posesión de lugares). La versión psicológica del movimiento me parece la más rica. Cinco versos por lo menos. Deben intervenir el impulso, la atmósfera conmovida, la geografía travesada, una calificación de libertad del acto..., procurando un resultado imaginativo lo más simple posible.

Tal vez:

- 1 Aventura escalones sucesivos
- 2 de cristal incompleto lo profundo.
- 3 Regresa el aire:
- 4 esa paloma-corazón que había
- 5 apenas comenzado
- 6 Sombra expirada o pausa se desprende,
- 7 Mientras llegan los miembros más remotos
- 8 y el arco y el anillo
- 9 suben, desertan, paso a paso olvidan
- 10 su sepulcro de vientos minerales.

[Monstruo, fruto de tres hora de búsqueda]

El dístico inicial resuena a Guillén (a causa del sujeto al final del verso y de la reiteración de palabras sin tradición poética sucesivos, incompleto...). Sin embargo, me parece perfectamente admisible. El verso cuarto sin nexo causal entre corazón y paloma es mucho más obscuro de lo que preveía su monstruo pero gana en cambio solidez de idea-fantasma. Pausa (v. 5) es un término arrancado a mi traducción de los S[onetos]. a O[rfeo]. Un autoplagio. Resulta además superfluo. El mientras (v. 6) es absurdo detrás del punto, pero como nexo entre los versos 6 y 7, es decir tras coma, fuerza la curva expresiva. Tendría que substituir la construcción gramatical.

El verso 9 ¿es excesivamente verbal? Desertan —olvidan redundante. No sé tampoco si paso a paso

[Dos palabras tachadas]

narrar el ascenso escalonado. El último verso es excesivamente enfático. La idea de sepulcro es exacta. Vientos serviría si realmente transportase una sensación olfativa fugaz. Minerales es una solución innecesaria en Metropolit. I. Vientos minerales debe desaparecer ¿substituyéndolo tal vez por la idea de participación, de publicidad?

La estrofa en conjunto es premiosa.

(No sé por qué se me acaba de ocurrir que el tercer metropolitano debería ser anecdótico, con personajes en diálogo, quizás)

No puedo saber aún si queda claro lo que debiera decir.

17 de enero.-

Versión nueva 1-6.

Aspira lo profundo

a envés

por una sima interrumpida

Losa acosada por la altura

sube.

Regresa el aire.

El corazón es ala comenzada

ha de cesar y empieza en el vacío?

19 de enero

Versión 1-6

Aspira lo profundo

a envés

por una sima interrumpida.

Losa acosada por la altura

sube.

Regresa el aire:

la paloma apenas comenzada,

ala leal, sucumbe en el aliento.

21 de enero.-

Lamentables circunstancias.

Me propongo un cambio de tiempo verbal y la fijación de los peldaños.

23 de enero

No es esta la cabeza del poema. El tema debe entrar mucho más suavemente. Llevo ensayadas muchas soluciones inútiles.

26 de enero.

A pesar del énfasis invencible:

Aspira lo profundo

a envés de su materia sepultada.

Peldaños (admirables,)

tierra final de sombra.

Alcanza

el (sucesivo) corazón en duda.
Ala apenas, frescor, regresa el aire.
Casi los miembros olvidados llegan.
—Ahora una crisis verbal—

4 de febrero.

Por fin llegué a una versión que prefiero callar por ahora. La insólita dificultad de tema que en toda esta búsqueda se manifestaba ¿no parece indicar que la prefiguración estructural demasiado precisa impide el acto poético? Poesía-no comunicación resulta no sólo probado, mas llevado a sus últimas consecuencias. Probablemente no tanto por ser verdad cuanto porque yo lo creo firmemente. Hasta ahora sólo puedo decir que mi teoría es congruente con mi problema creador.

Todo invita a creer que ahora, en posesión de ese mínimo reducto que es la cabeza del poema —si aún no muy segura ya muy probable— el resto es posible y sólo cuestión de días. Pero la escasez creciente y angustiosa de tiempo viene en ayuda de la esterilidad. Desde el sábado ni he dispuesto de una hora, y así seguirá; esta primera semana de febrero no habrá existido. (Yvonne no sabe que toda posibilidad de conciencia naufraga en el continuo aplazamiento del poema. Que realmente no estoy mientras esto dure)

Ayer en una sobremesa difícil en casa de V.S., a propósito tal vez del Nevsky de Prokoviev que sonaba en el mecano, vi una posible sucesión de Metropolitanos. Este de ahora debe seguir según la primitiva idea. Expresar la lejanía en sentido absoluto multiplicando alusiones a ciudades distintas (el Pskov de Prokoviev). Debo guardar silencio. [Hoy pensaba en el ritmo alterno de verbos y adverbios] El III M. sobre una conversación sin nexo y a velocidad creciente. Otros metropolitanos descriptivos.

Me va gustando la idea de titular poemas con nombres gramaticales, sencillos, por ejemplo Adverbio, Tercera persona, etc. El Mar, de Vicente.

Insisto en que no debo cristalizar mis propósitos metropolitanos. No voy a referirme más a ellos.

Pensemos en cambio, en el paisaje urbano. ¿Existen adjetivos urbanos?

Pienso que la rebeldía es uno de los determinantes más eficaces de mi literatura. Desde que, aquí, la rebeldía ha perdido sus más directos objetos, escribir me cuesta mayor esfuerzo. Vivir en contra era independencia, ahora el problema consiste en entender el descontento, el estado de conspiración total, a Yvonne, a esta casa, a lo que me ha sido concedido. Ha sido demasiado fácil llegar hasta aquí.

24 de febrero

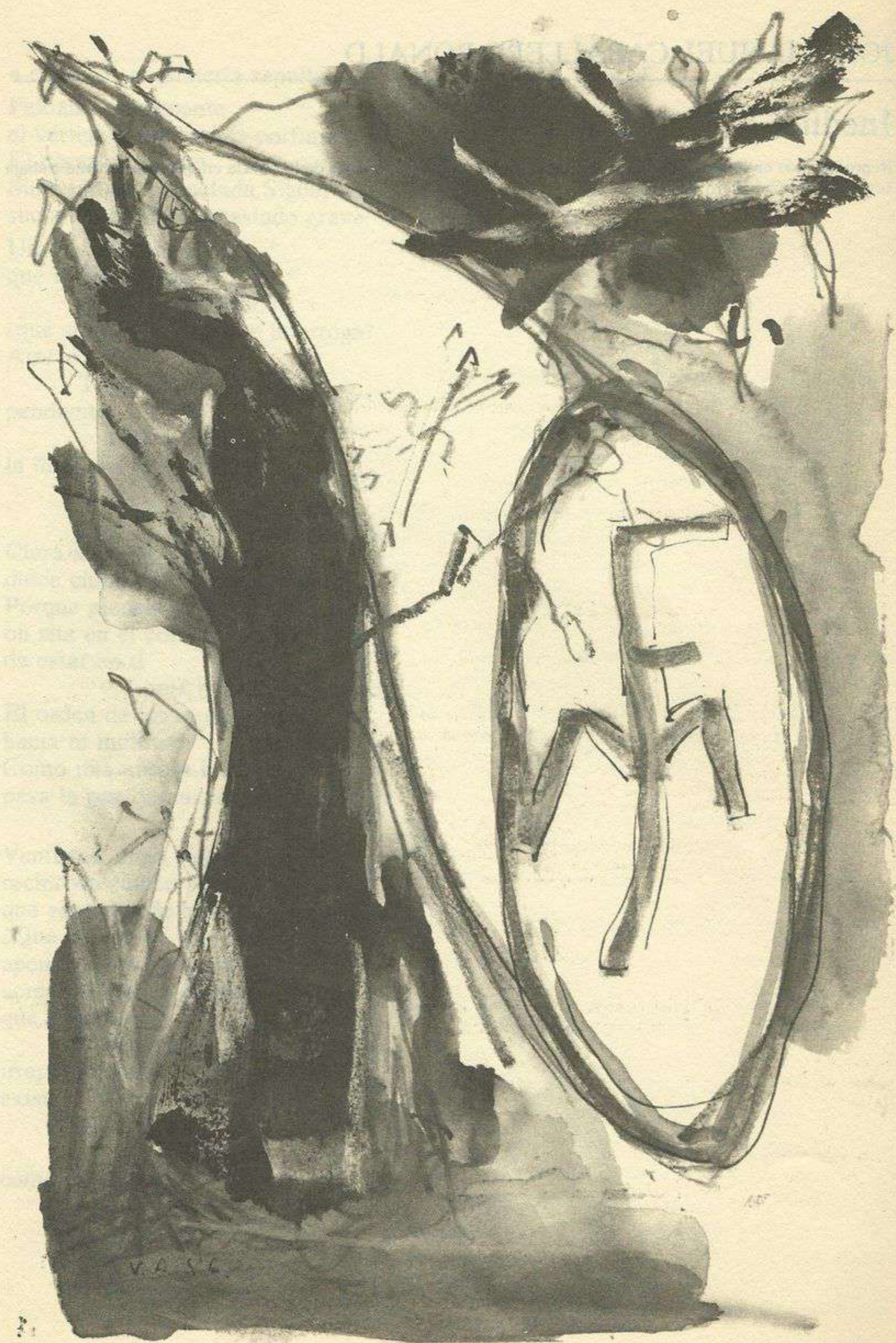
No así el poema; pocas veces palabras tan difíciles. Las prefiguraciones de procedimiento, los temas decididos de antemano... la idea mecánica del texto, en suma, han ahogado la emoción mínima del tono, esa como temperatura o brillo que dispensa un aspecto de confesión justificada que mi poesía debe de tener. ¿Se mantiene a pesar? He aquí el compte rendu de lo que puede ser mitad ascendente, de los treinta primeros versos (sin mise en page):

Aspira lo profundo

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

Inédito

Reproducimos en las páginas siguientes cuatro páginas del manuscrito de la novela en que actualmente trabaja José Manuel Caballero Bonald.



y dos Eibar 22 para pájaros; cuatro Remington 243 para co-
nejos y zorros; tres Eibar 280 y dos Víctor 308 para cier-
vos y jabalíes, y tres Winchester 358 y una Víctor 375 pa-
ra tigres y leones. También había allí una especie de urna
con una ^{vieja} carabina ~~de~~ Máuser que tenía pi-
rografiado en una cara de la culata el escudo de la Falan-
ge y, en la otra, las iniciales M F enlazadas a la manera de
una ^{divisa} ~~divisa~~ de ganadería. Tía Carola debía conocer la histo-
ria de semejante pieza de museo y el ^{notorio} ~~notorio~~ de su ^{primorosa} ~~primorosa~~
conservación, pero nunca quiso hablar de eso. Tampoco en mi casa
me lo aclararon nunca.

— Será de la guerra,
pero lo único que me
o menos me dijeron.
Esas cosas.
Y yo recuerdo un solo
porqué en polipóptico
con la tapilla de capella,
el coque que se usaba
si era el de don Ismael
o era una inversión
en el polo eléctrico en
su guerra, de leve
unido.

Las cacerías organizadas por tío Ignacio María en el co-
to de la sierra o convocadas por otros adictos en muy diver-
sas partes, se produjeron entonces con un ^{inevitable rigor} ~~inevitable rigor~~
^{y luego estaban los intervalos de media} ~~semanal~~ ^{semanal} de safaris por tie-
rras de Kenia y Tangenica, esas geografías ^{excitantes} ~~excitantes~~ que
primero Aurelio ^{en} ~~en~~ y yo buscábamos encandilados la tentación su-
pletoria de ^{mapamundi} ~~mapamundi~~. A veces, tío Ignacio María se lleva-
ba con él de ^{de secretario} ~~de secretario~~ al cochero ^{Epifanio y Epifanio} ~~Epifanio~~ andaba me-
dio achacoso pero que seguía siendo muy bueno azuzando a la
realta o husmeando las piezas como un podenco. Contó que una
vez, yendo por las umbrías del cazadero de Argónida, ^{cuando jearcas} ~~cuando jearcas~~ ^(había un jearcas invitado, pero andaban comiendo por los alrededores)
se dieron de buenas a primeras con un cochino encamado en-
tre unos ~~enebros~~ enebros. Todos se quedaron sin sa-
ber qué hacer, y tío Ignacio María les dijo por señas que
no se moviera ^{ni por pieles} ~~ni por pieles~~ de donde estaba ^(solto) ~~(solto) ^{donde} ~~donde
^{que se había puesto medio loco} ~~que se había puesto medio loco~~, unos raposeros de mucho coraje, quizá para que se encorvaran
de ^{de} ~~de~~ levantar al cochino y, efectivamente,~~~~

Sobre todo al punto
de azuzar a cuando
del ojo del
faisán
se organizaba
por otras tierras



el cochino se destapó de los arbustos dispuesto a hacerle frente a los perros. Y allí fue el desbarajuste de ladridos y ~~acoso~~ ^{acoso}, los tres animales vigilándose de cerca y amagando asaltos sin que ninguno de ellos llegara a enzarzarse de verdad. Giraban, retrocedían, se volvían a acometer, con lo que todo ese ~~escena~~ ^{hacía y afloja} llevaba trazas de parecerse a una escena de montería ~~ya admirada por una~~ ^{de la obra de la pintura}. Nadie había hecho otra cosa que quedarse ~~monstruoso por~~ ^{perplejo}, hasta que uno de los jerarcas ~~se desvió~~ ^{disparado de} se desvió un poco del grupo e hizo ademán de aprestar

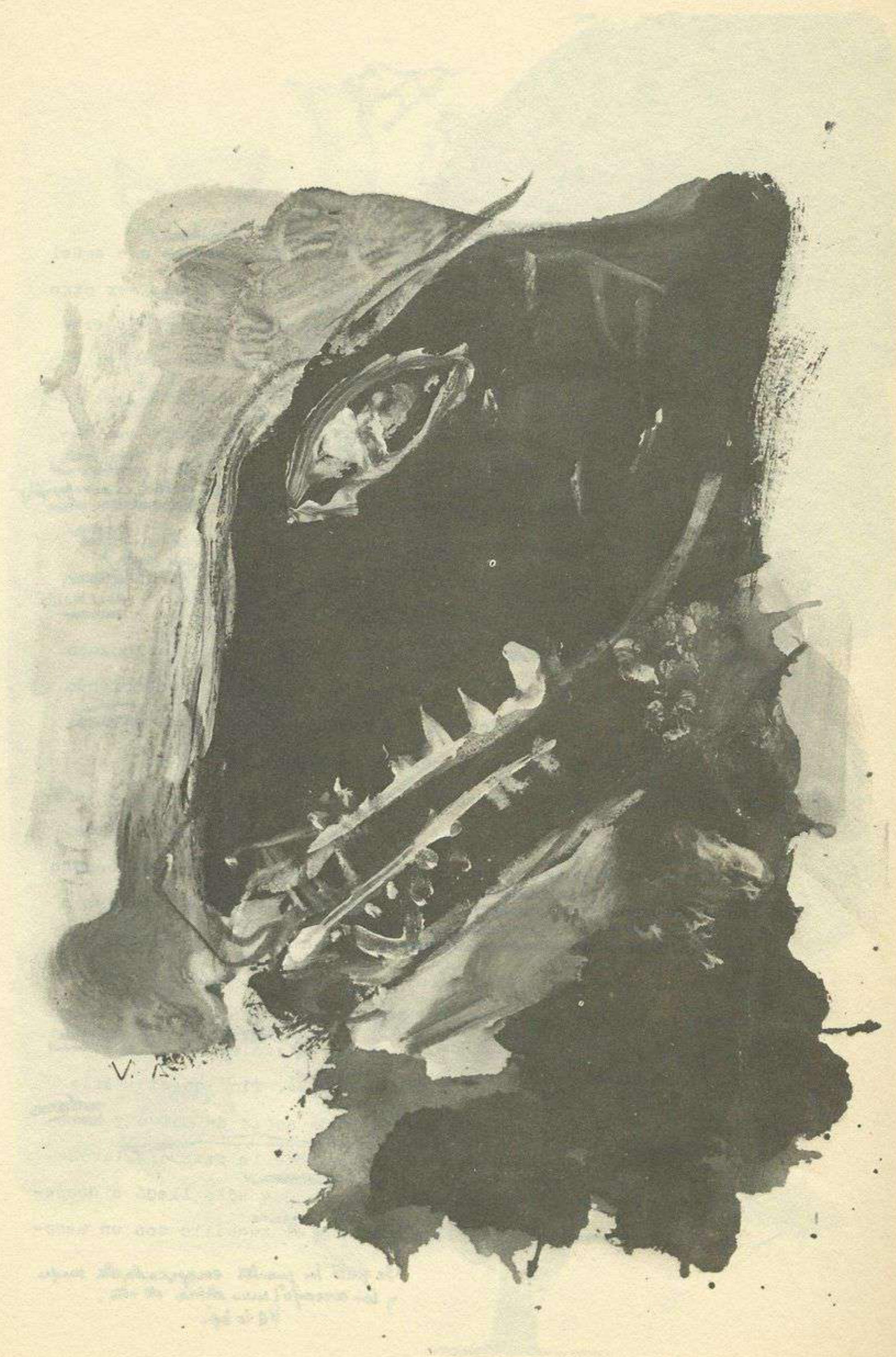
la escopeta. ~~Tío Ignacio María lo detuvo con un gesto indiscutible.~~ ^{Bebió entonces} un buen trago de coñac de una pequeña cantimplora. Se calzó ~~con~~ ^(cargó) con afectada lentitud unos guantes de cuero ahuesado, ~~desenvainó~~ ^{encima} el cuchillo que siempre llevaba ~~cuando~~ ^{cuando} salía al campo (el mismo que luciera veinte años atrás en funciones de patrullero) y se acercó adonde los dos perros y el jabalí proseguían ~~hostigándose~~ ^{hostigándose} sin llegar a mayores. Rodeó el ~~espacio~~ ^{espacio} de la refriega y se metió entre los dos raposeros sin dejar de mirar al cochino, que parecía ~~humear~~ ^{humear} alguna peligrosa anomalía ~~que~~ ^{7 que} reculó

~~como~~ como desconcertado ante la presencia temeraria del hombre. Tío Ignacio María apartó a los perros con un leve y consecutivo ~~señal~~ ^{señal} ~~una~~ ^{taconazo}, una señal convenida al parecer, ~~se~~ ^{porque algo} se aquietaron ~~unos~~ ^{y ya Epifanio} pudo uncirlos otra vez, no sin forcejeos, a la reala. Se ~~agachó~~ ^{agachó} ~~un poco~~ ^{un poco} entonces el nuevo contendiente, calculando ~~el~~ ^{el} flanco apropiado para el ataque, y avanzó cuchillo en mano hacia el jabalí, que ~~no hizo de entrada ningún intento de~~ ^{no hizo de entrada ningún intento de} embestir al enemigo, o

- Quieto-dijo.
como si se lo enduera
a un perro.



~~proficio' no hacerlo,~~ ^{que se limitó a esperar} ~~como si~~ ^{suspechara} que aquel
 hombre que olía ~~directamente~~ ^{directamente} a hombre muy bien podía ser otro
 perro. Tío Ignacio María midió las distancias y, sin más tre-
 quas ni preparativos, se echó sobre el cochino buscando el
 cuerpo a cuerpo, una lucha desigual -amén de insólita-, el ca-
 zador y su presa revolcándose por ~~la alfombra de~~ ^{la alfombra de} bayas de enebro que ~~se~~
~~cubría~~ ^{cubría} la arenisca, una ~~mezclanza~~ ^{mezclanza} de barbarie y ~~superior~~ ^{vahagloria}
~~con que tal vez intentaba imitar el osado~~ ^{algunos pesca ci nenatopifia}
~~con la pantera asesina.~~ El jabalí debía ser viejo, ^{porque}
 tenía los colmillos demasiado alunados y los ojos ^{con mucha} ~~legaña~~ ^{repleta}
 No hacía más que cabecear entre furibundos ~~resollos~~ ^{resollos} y ~~arremeter~~ ^{arremeter}
~~con una~~ ^{incompetente} ~~fiereza~~ ^{fiereza} y así hasta que tío Ignacio
 María encontró un hueco para meter el cuchillo, consiguiendo
 calar una vez en el pescuezo y dos más, ~~con~~ ^{barrenando}
 rrena en la garganta, allí por donde supuso que estaría la
 carótida. El jabalí empezó entonces a chillar de un modo desa-
 forado. Quiso huir y tropezó con la maraña de enebros, inten-
 tó guaracerse y se derrumbó pataleando y salpicando ~~de~~ ^{de} sangre
~~por todos lados.~~ Los alaridos remitían a
 lo que ~~se oía~~ ^{alguno podía decir de familiarmente} cruento: al ceremonial de
 una matanza prenavideña, sólo que no había lebrillos para re-
 coger la sangre que le borbotaba a la víctima del cuello como
 de una cañería obstruida, tampoco había ~~nadie~~ ^{chagueras ni} ~~que le sujetara~~ ^{abacarra}
 las patas ^{al animal} para que no pudie ~~se~~ ^{se} ~~revolverse~~ ^{revolverse}. Tío Ignacio María
 se había levantado como borracho, todo sucio de polvo y ~~excrementos~~
 y tenía ~~hecha~~ ^{hecha} jirones una manga de la cazadora, proba-
 blemente de una tarascada ~~con~~ ^{con} gañafón que sólo llegó a despe-
 llejarle ~~el~~ ^{después} el brazo. Limpió el cuchillo con un mano-
 Se quitó los guantes empujados de sangre
 y los arrojó uno detrás de otro.
 Va lo kpi



V. Roy.

jo de yerbas, que dejaron una pringue fragante en el acero, y le pidió enseguida a ^{Epifanio} la cantimplora del coñac. ^{Tio Ignacio trajo} Bebió dos largos buches, ^{se pasó al revés de la mano por la boca} se dejó vagar una mirada de heroico pavoneo por la estupefacta concurrencia, ~~se único que~~ ^Y abrió marcha hacia las lindes del ~~pinar,~~ ^{pinar,} mientras unos batidores remataban al jabalí y cargaban con él.

Tenia la jeta de don Estanislao dijo Epifanio. Era pan comido.

El eco de esa hazaña corrió bien pronto por los mentideros de la ciudad y zonas ^{limitrofes} ~~vecinales~~ y le valió al ^{cazador} ~~cazador~~ el contundente sobrenombre de Sacabuche, que a él le satisfizo en ^{cierta} ~~cierta~~ medida, pues -aparte de lo escabroso- le halagaba que los demás reconociesen así sus redaños para ~~li-~~ ^{li-}quidarse él solo a todos los cochinos jabalises (eso decía) de la región. ^{na se} ~~na se~~ Primo Aurelio, sin embargo, ^{nada} ~~nada~~ ^{conforme} ~~conforme~~ al conocer el significado del apodo, tal vez porque la violencia que lo había promovido lo retrotraía a un ^{tiempo} ~~tiempo~~ no vivió por él, pero ~~de lo~~ ^{Se refería a la época en que} que tanto había oído hablar al cochero ^{Epifanio} ~~Epifanio~~ el padre andaba por aquellos alrededores en misiones nocturnas de vigilancia y era temido por ^{a las órdenes de un Fermín Benijales - lo uno por} ~~por~~ sus alardes de perdonavidas, ^{Eja} ~~Eja~~ mano enguantada tanteando la funda del cuchillo que llevaba invariablemente ^{perdido} ~~perdido~~ al correo. Aunque ^{en realidad} ~~en realidad~~ nunca lo había usado, siempre parecía ^{que iba} ~~que iba~~ a hacerlo ^{de un momento a otro} ~~de un momento a otro~~ ^{que} ~~que~~ incluso podía llegar a esgrimirlo como ^{último} ~~último~~ argumento conminativo. No es que el primo Aurelio ^{valcauzara - ni mucho menos - a los de en} ~~valcauzara - ni mucho menos - a los de en~~ actitudes beligerantes del padre -todas ellas justicieras ^{al servicio de la justicia verdaderamente} ~~al servicio de la justicia verdaderamente~~ ^{del honor} ~~del honor~~, sino que simplemente le producían un desacierto ^{electivo} ~~electivo~~ una especie de contradictoria incapacidad para ^{darse cuenta de} ~~darse cuenta de~~ la relación en-

REVISTAS
DE GRANADA

Mensual de la cultura en Granada

J U N I O
1 9 8 6